

La Endemoniada de Santiago

Por Miguel Ibáñez Langlois

712908

El reciente ensayo del Dr. Roa, "Demonio y psiquiatría", reproduce —en la extensión de casi cuatrocientas páginas— el escrito conocido como "Carmen María o la endemoniada de Santiago" ("Compilación de todos los informes rendidos ex profeso al Ilustrísimo Sr. Arzobispo de Santiago, relativos a la rara enfermedad que padece esta joven"), y a continuación una extensa monografía del Dr. J. Bruner sobre el mismo asunto. Se trata de textos casi imposibles de encontrar hoy, cuya publicación debemos agradecer al autor. Los diez informes del caso poseen una extensión e interés muy desigual, y sólo cuatro de ellos son pertinentes. Dos de los informantes —el presbítero Zisternas y el doctor García— piensan que la Carmen María fue una auténtica posesa o endemoniada; los otros dos —los doctores Carmona y Bruner— creen que se trata, respectivamente, de histeria en tercer grado y de demonopatía con división del yo. Como advierte el primitivo editor, "todos profesan al parecer la religión católica, apostólica, romana", no tratándose, pues, de una polémica entre fe y ciencia, sino de un esfuerzo conjunto por esclarecer un caso altamente polémico, que tuvo en vilo a toda la población.

Pero dejemos que el Dr. Roa nos introduzca en el caso: "Carmen María, muchacha pobre, semi alfabetada, ingresa al Hospicio de Santiago, en 1831, con el deseo de purgar antiguos pecados haciéndose Hermana de la Caridad. En su aspecto humilde, sencillo y afable de mujer de pueblo, nada anuncia que a los pocos meses caerá en la garras de Satán, víctima de largos y curiosos ataques, en los cuales habla palabras en lenguas extranjeras (que se supone no conocer), pronuncia neologismos y no vuelve a la normalidad sino cuando, leído el Evangelio de San Juan, se llega al versículo "y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". Es el decano progresista, sobrio y digno del Presidente Manuel Montt; Santiago es todavía una ciudad pequeña, bella y serena. Las polémicas ardientes en torno a lo religioso y a lo político se desenvuelven en círculos reducidos, influidos —salvo Bello— por lecturas apresuradas de pensadores franceses, ingleses y alemanes".

En este contexto se emiten los informes sobre el caso. El montaje de estos documentos, en parte por la fuerza de los hechos y en parte por el azar de su ordenación, posee un sentido auténticamente novelesco de la intriga y del suspense. En primer lugar, el Pbro. Zisternas, el testigo más directo y constante de los hechos, nos los cuenta con indudable honradez y exactitud, si bien no con precisión científica, y quizá con alguna involuntaria exageración. El mismo, prevenido en contra de toda superstición en la materia, comienza por mostrarse escéptico, y persevera en tal actitud hasta que las hechas mismas descartan, a su juicio, toda explicación natural.

Carmen María, en suma, sufre ataques con fuertes convulsiones; desarrolla una fuerza extraordinaria, de modo que si varios hombres pueden moverla de ciertas posturas; se golpea y hiera sin lastimarse; habla en tercera persona y dice ser el demonio que en ella habita; blasfema contra Dios y los santos, no obstante ser religiosa y buena en su estado normal; rechaza todo objeto sagrado —reliquias, por ejemplo—, que reconozca a distancia y distingue de otros objetos profanos de igual presentación, que le acercan para engañarla; reconoce a los sacerdotes antes de que lleguen a su cuarto; es insensible a los alfileres que le clavan en el cuerpo; se exaspera cuando le leen textos sagrados, y sólo se calma y obedece a la orden de los sacerdotes; acompaña los himnos religiosos en latín o francés —idiomas que se supone no conocer—, pronunciándolos bien pero cambiando aquí y allá, con mucha destreza, los nombres santos por obscenidades; pronostica con exactitud el día y la hora del ataque siguiente; sólo vuelve en sí cuando un sacerdote (y no otra persona) le lee el Evangelio de San Juan, capítulo I. En vista de estos antecedentes, el Pbro. Zisternas considera que se trata de una auténtica endemoniada.

El Dr. García es de la misma opinión; excluye que se trate de fiebre, epilepsia, histeria, etc. Sólo que, al parecer, la ciencia y propiedad de sus argumentos son cuestionados por los otros médicos, que lo acusan de superficialidad. A continuación, el Dr. Carmona intenta una explicación natural y científica del hecho, no porque considere imposible la posesión, sino porque cree ver en este caso los signos necesarios y suficientes de la histeria. Carmona aporta dos antecedentes de cierta importancia: la probabilidad de que Carmen María conociera desde antes ciertos rudimentos de latín, inglés y francés por ramos de educación y medio, y la anécdota de ciertos amores pasados con un tal Juan, que él relaciona con el nombre del Evangelio que la tranquiliza. Su método biográfico y clínico le permite asociar en forma verosímil algunos de los fenómenos mencionados con los contenidos de la vida sexual y afectiva de la enferma. Sólo que esta exposición (y mucho más, después, la del Dr. Bruner) está llena de alcances polémicos, ataques y defensas particulares, citas de autoridades de entonces, así como de consideraciones generales de orden histórico, filosófico y teológico. Esta circunstancia hace lento y lato su argumento, que pudiera ser más denso; pero, de paso, y situándolo en su época, nos muestra una versación humanística, un don dialéctico, una retórica e incluso un estilo literario —un nivel cultural en suma—, que hoy son raros, no ya sólo entre hombres de ciencia, sino incluso entre nuestros escritores.

Carmona piensa que la Carmen María sufre "un histerismo de tercer grado"; que en este caso "el útero es como la hídra monstruosa, el único natural demonio que

irradia sobre todo el sistema y muy particularmente sobre el cerebro sus quimeras y vivísimas imágenes". Se trataría, pues, de una "borrasca de la matriz"; no habría más demonio que este demonio visceral, "la irritabilidad primitiva ideopática de los ovarios", responsable de esa dualidad entre el querer moral y el impulso histerico, que hace pensar en la posesión de una fuerza externa. El Dr. Roa destaca así este diagnóstico: "Carmona dirige una aguda mirada clínica a la crisis y a su curioso término con la lectura de San Juan; se preocupa del pasado biográfico, de las condiciones psicológicas, morales y materiales en que dicho pasado se ha desenvuelto, concluyendo que todo apunta hacia el diagnóstico de una enfermedad natural, comprensible por dentro cuando se sigue el hilo unitario entre deseos libidinosos, amores y sentimientos de culpa de la paciente, y las descargas simbólicas, lingüísticas y motoras". Por otra parte, Carmona concluye su desarrollo con un análisis teológico, afirmando que el caso no presenta de ninguna manera las señales que el Ritual Romano exige para que se pueda hablar de posesión.

Es muy difícil para el lego en psiquiatría obtener una conclusión clara de este debate. Tal vez lo sea incluso para los expertos en la materia. Por de pronto, tanto el Dr. Carmona como —mucho más— el Dr. Bruner deben recurrir a hipótesis algo forzadas, indefinidas e, incluso, difícilmente calificables hoy de "científicas" ("magnetismo animal", "Oscilación nutritiva - histológica del cerebro", "excitación materialístico-vital", etc.) para dar cuenta de los hechos. Y sobre todo, si bien consiguen probar en forma verosímil que la mujer es una enferma, y aun definir hasta cierto punto su enfermedad, sin embargo su demostración es inconcreta, demasiado general, y por último dejan diversos hechos bien precisos sin explicación ninguna de orden natural. Sería absurdo pedirles que "explicaran" el caso, en un tiempo cuando la psiquiatría está en pañales; el Dr. Carmona es un pionero de primera fila por estas solas páginas. Además, la verificación misma de los hechos y antecedentes no se pudo hacer en las mejores condiciones científicas. Seguramente por estas razones el Dr. Roa ha preferido no opinar sobre el caso: el contacto indirecto con datos que el tiempo ha hecho borrosos habrá interpuesto un obstáculo insalvable a su natural curiosidad científica y religiosa... y a la nuestra. Con todo, debemos agradecerle la presentación y la publicación de un documento clave en la historia de nuestra cultura. Y en cuanto al demonio se refiere, podemos concluir con él que, más allá de la efectividad o superchería de tal o cual caso de posesión, es en la vida moral normal —en la tentación de los sentidos, de la mentira, del orgullo, del poder— donde se manifiesta diariamente en nuestras vidas la esencia de lo satánico.

La endemoniada de Santiago [artículo] Miguel Ibáñez Langlois.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ibáñez Langlois, José Miguel, 1936-

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La endemoniada de Santiago [artículo] Miguel Ibáñez Langlois.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile